SUPLEMENTO DE ESTILO Y DECORACION DE PAGINA|12. SABADO 16 DE MAYO DE 2009. AÑO 11. Nº 534



Además: Mantos argentinos para el mundo, el Pritzker llega a Buenos Aires, el Padelai y la catalogación de edificios.

El Pritzker para Zumthor

POR MATIAS GIGLI

El suizo Peter Zumthor ganó el Premio Pritzker 2009, que fue jurado en Los Angeles y será entregado en una ceremonia en la Legislatura porteña el 29 de mayo. El premio a la trayectoria de arquitectos de todo el mundo es considerado el "Nobel de la arquitectura", tiene ya treinta años, consta de una medalla de bronce y 100.000 dólares, y es otorgado por la Fundación Hyatt. Cada año se elige una ciudad en la que existen hoteles de la firma para realizar la ceremonia.

Zumthor tiene la mayor parte de su obra en Suiza, pero diseñó proyectos en Alemania, Austria, Holanda, Inglaterra, España, Noruega, Finlandia y los Estados Unidos. La Capilla de Campo en Saint Nikolaus von der Flüe, cerca de Colonia, Alemania, es un maravilloso ejemplo de simplicidad de recursos y de gran valor poético. El interior se conforma como un único espacio interior fuertemente texturado de hormigón armado, aislado en el campo. En su libro *Pensar la Arquitectura*, Zumthor dice que "creo que la arquitectura hoy necesita reflexionar sobre las tareas y las posibilidades que le son inherentes. La arquitectura no es un vehículo o un símbolo de objetos que no pertenecen a su esencia. En una sociedad que celebra lo no esencial, la arquitectura puede ofrecer resistencia, contrarrestar la pérdida de las formas y de los significados y hablar su propio idioma. Creo que el lenguaje de la arquitectura no es una cuestión de un estilo específico. Cada edificio se construye para un uso específico en un lugar específico y para una sociedad específica. Mis edificios tratan de responder las preguntas que emergen de estos simples hechos de la manera más precisa y más crítica posible".

El jurado de este año fue presidido por Lord Palumbo, mecenas de la arquitectura, presidente del Consejo Directivo de la Serpentine Gallery, ex presidente del Consejo de las Artes de Gran Bretaña y de la Fundación de la Tate Gallery, ex miembro del Consejo Directivo del archivo Mies van der Rohe, del Museo de Arte Moderno de Nueva York. Otros miembros son Alejandro Aravena, director ejecutivo de Elemental, Santiago, Chile; Shigeru Ban, profesor en la Universidad de Keio, Tokio, Japón; Rolf Fehlbaum, presidente de Vitra, Basilea, Suiza; Carlos Jiménez, profesor de la Universidad Rice y director del Carlos Jiménez Studio, Houston, Texas; Juhani Pallasmaa, arquitecto, profesor y autor, Helsinki, Finlandia; Renzo Piano, ganador del Premio Pritzker 1998, París, Francia, y Génova, Italia; Karen Stein, escritora, editora y asesora de arquitectura, Nueva York; Martha Thorne, decana adjunta de relaciones externas, Escuela de Arquitectura IE, Madrid, España.

Philip Johnson fue el primer ganador del premio, en 1979. En 1980 fue el mexicano Luis Barragán, luego el británico James Stirling, Kevin Roche en 1982, Ieoh Ming Pei en 1983, Richard Meier en 1984, Hans Hollein en 1985 y Gottfried Böhm en 1986. Kenzo Tange fue el primer arquitecto japonés en recibirlo, en 1987, Fumihiko Maki el segundo en 1993 y Tadao Ando el tercero, en 1995. El norteamericano Robert Venturi lo recibió en 1991 y Alvaro Siza, de Portugal, en 1992. Christian de Portzamparc, de Francia, fue elegido como ganador en 1994. Gordon Bunshaft de los Estados Unidos y Oscar Niemeyer de Brasil lo compartieron en 1988. Frank Gehry de los Estados Unidos lo recibió en 1989, el italiano Aldo Rossi en 1990, el español Rafael Moneo en 1996, el noruego Sverre Fehn en 1997. En 1999 fue premiado Sir Norman Foster, del Reino Unido, y en 2000 Rem Koolhaas, de Holanda. En 2001, dos suizos recibieron la distinción: Jacques Herzog y Pierre de Meuron. El australiano Glenn Murcutt lo recibió en 2002. Jorn Utzon de Dinamarca ganó en 2003, la iraní Zaha Hadid en 2004, Thom Mayne de los Estados Unidos en 2005, Paolo Mendes dal Rocha de Brasil en 2006 y Richard Rogers en 2007. Jean Nouvel de Francia lo recibió el año pasado.







De Lugones a un irlandés

Un joven llegado de Belfast que se queda por aquí y encuentra un departamento vasto, histórico y en mal estado. Una aventura de reciclado con las ideas en orden da origen a un hotel realmente patrimonial y encantador.

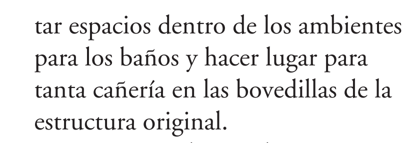
POR SERGIO KIERNAN

Justo en la esquina de Sarmiento y Callao hay un viejo edificio que ya vio tiempos mejores, más dignos y cotizados. En 1908, cuando lo estrenaron, el edificio miraba a una avenida de extremada elegancia, con un bosque de cúpulas y tiendas refinadas que hacía impensable el maxikiosco y la panchería. Callao era una señora vía por donde pasaba el tout Buenos Aires, y lo que allí se construía tenía que ser de lo mejor.

Lo que explica la amplitud, la elegancia, las proporciones y los finos materiales de este edificio esquinero. Y también explica que un joven nacido lejos, en Belfast, le echara el ojo y viera, por debajo de la humillación del inquilinato, la potencia del lugar. Kieran Rooney, porteño adoptivo, irlandés padre de pequeños argentinos, terminó abriendo un hotel de mucho carácter en lo que fue, en otros tiempos, el departamento de Leopoldo Lugones.

Cómo se juntaron un nombre como Rooney con uno como Lugones es una historia menos sorprendente de lo que parece a primera vista. Kieran llegó por aquí hace nueve años, coleando un viaje largo, y conoció a Gabriela, que lo afincó en estas pampas. Después de varios años dedicado a expos e impos diversas, el irlandés decidió inmunizarse un poco de la inestabilidad en la danza del dólar, el euro y el peso. Había que hacer algo más local.

Ahí entra el buen ojo del hombre, que en 2006 descubrió en la esquina de Callao y Sarmiento dos departamentos que llevaban siete años en venta. La razón era que estaban ocupados, lo que agregaba la complicación del desalojo. El trámite, pacífico, duró varios meses y recién en junio de 2007 empezaron las obras.



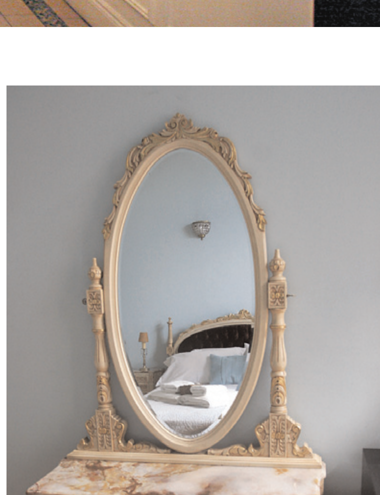
Rooney se encontró con una tarea bastante compleja. Los dos departamentos, de 250 metros cada uno, debían ser unificados y mutados en hotel. Esto implica baños, muchos pero muchos baños en plantas que en su modestia de 1908 consistían en departamentos para familias extendidas que contaban con uno completo y otro para visitas. El ahora hotelero sacude la cabeza recordando las complicaciones de inventar espacios dentro de los ambientes para los baños y hacer lugar para tanta cañería en las bovedillas de la estructura original.

Lo que se ve hoy es de un carácter notable, un interior que sólo puede estar en Buenos Aires. El acceso es sobre Sarmiento, pasando un portón de noble herrería rumbo a un ascensor de jaula. En el tercer piso se desciende a un palier definido por la escalera espiralada, con dos puertas. Una, la que da hacia Callao y era casa de Lugones, es la recepción del hotel.

Adentro habrá catorce habitaciones, todas con baño, más un hall, un comedor y un estar común que toma exactamente la esquina. Entrar al hotel sorprende desde el primer segundo, porque los cielorrasos están a 4,60 metros de altura. Estas proporciones tan verticales, exaltadas, se refuerzan con el viejo truco –hoy olvidado– de las boisseries y marqueterías, que también suben a las alturas. Un ejemplo brillante es el de las carpinterías "arquitectónicas", con todo y pedimentos, como la de la puerta en la foto de tapa.



Paula Piatti acompañó a Rooney en la peripecia, como decoradora. Un cuerdo principio que adoptaron ambos fue el de no sacar nada original y rescatar todo lo posible. Por ejemplo, cada madera en la casa fue lavada, lijada, tratada y reinstalada. El hotel tiene las pinoteas originales, en algunos casos hasta dadas vuelta donde se habían marcado por el tránsito. Las puertas interiores fueron lavadas con tanta precisión que Piatti y Rooney encontraron unas extrañas marcas bajo tanta pintura: eran inscripciones en alemán, que demostraban que los desarrolladores originales del lugar habían importado materiales del entonces Imperio Austrohúngaro. La madera de las cajas era de tal calidad que la reciclaron para hacer puertas.



Por donde se mire, el hotel tiene objetos de ese calibre. Las puertas de entrada tienen visillos con vidrios europeos estampados en caliente con motivos florales, infinitamente superiores a las malas copias actuales. Cada visillo tiene una hermosa reja de seguridad interior en bronce del bueno. Cada piso que no es de madera disfruta de un buen calcáreo floral o de un granítico perfectamente pulido. En el largo pasillo del departamento "de atrás" –el que se estira por Sarmiento– hay un ventanal con un vitral pintado sobre los vidrios en estilo art noveau. Y sobran picaportes, banderolas y hasta una escalera interna de madera en la cocina.

Los dos departamentos están hoy unidos por un pasillo interno tan bien pensado que parece original, cosa de pintar bien y unificar zócalos para recrear una textura. Los tantos baños nuevos fueron construidos con materiales simpáticos a su entorno, con lo que cada uno tiene una bañera, a veces con patas de león, y sus azulejos blancos terminan en medias cañas con aire a mayólica. Piatti y Rooney se divirtieron madrugando para ir a remates suburbanos y conseguir muebles viejos para su hotel, y terminaron montando un taller de lustrado y encolado de piezas a reparar. Un aspecto grato del hotel es que las habitaciones no tienen la monotonía del equipamiento standard sino un buen entrevero de estilos. O sea que parecen una habitación de la vida real, donde los muebles nunca forman un conjunto perfecto sino que son fruto de una acumulación. Es como si se visitara una casa antigua y bien mantenida.

Rooney agrega clases de tango, actividades, precios cuerdos y desayunos a sus estadías. Cuenta que, con apenas más de un año en el mercado, tiene clientes fieles a los que les gusta lo mismo que le gustó a él de la casa de Lugones: es un lugar intrínsecamente porteño que no imita nada. Y desde cada ventana, sin excepción, se ve el frente de un edificio patrimonial.

Rooney's Boutique Hotel está en Sarmiento 1775, tercer piso. www.rooneysboutiquehotel.com

Españoles y arquitectos

El gobierno porteño ya firmó el convenio para que la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo reciba en uso el viejo edificio del Padelai, en San Telmo. Salvado por los pelos de la demolición –el entonces jefe de Gobierno Aníbal Ibarra fue en persona a arrancar la destrucción, creyendo que eso es cultura–, el edificio será la nueva sede del Centro Cultural de España en Buenos Aires. Esta cesión fue polémica, con sectores que pidieron que el Padelai fuera un centro cultural, pero de la ciudad, o un espacio para los vecinos. El edificio, sin embargo, resulta excesivo en tamaño para estos usos y los españoles generosamente aceptaron hacer la inversión necesaria para sacarlo del colapso, restaurarlo como pieza patrimonial y activarlo como un lugar vivo en el barrio. La experiencia del centro cultural local y de otros en la región indica que la sede tendrá espacios para la producción porteña y para los vecinos de San Telmo.

Además de participar en la firma del convenio, el viernes de la semana pasada, la Subsecretaría de Cultura presentó en estos días un proyecto interesante ante el CAAP, el Consejo Asesor de Asuntos Patrimoniales. Sucede que la subsecretaría, a cargo de Josefina Delgado, se encontró con obras de arquitectos fundamentales de nuestro patrimonio como Francisco Gianotti, Alfredo Massüe y Estanislao Pirovano que no tenían ninguna protección. El proyecto es para que el CAAP derive el tema a la Legislatura para su catalogación.

El italiano Gianotti (1881-1967) se ganó un lugar en nuestro corazón por haber creado la Confitería del Molino (en 1915) y la Galería Güemes (en 1916). Esas piezas están más que protegidas, pero ahora se busca catalogar dos inmuebles en Lavalle 1515 y Montevideo 604.

El francés Massüe (1860-1923) se instaló en Buenos Aires a los 30 años y se dedicó al art nouveau. Buena parte de su obra porteña fue demolida y el proyecto busca evitarles ese destino a sus edificios en Tucumán 1325, Combate de los Pozos 247 y Almirante Brown 1027.

Pirovano es el único porteño del lote. Nació en Buenos Aires en 1890, estudió nada menos que en Escocia y Francia, y volvió fascinado con un estilo raro por acá, el neogótico. Hizo piezas hispanistas y hasta algo de academicismo a la francesa y ahora se busca proteger sus edificios en O'Higgins 2215 y Miguel Cané 3024.

La subsecretaría está estudiando seguir esta buena idea con edificios menos conocidos de Andrés Kalnay, Eduardo Le Monnier, Julián García Núñez, Juan Kronfuss y Oscar Ranzenhofer. Además, están pensando en propuestas temáticas, como proteger edificios neo Tudor de la ciudad.

POR LUJAN CAMBARIERE

Chamanas urbanas

Las piezas de *Manto* abrigan en un sentido literal y metafórico. Ahora además transmiten mensajes del agua. Identidad argentina que viaja a Barcelona y Japón.



No hay dudas de que las emociones más viscerales, los valores esenciales de la vida, esos que nos movilizan a todos, son siempre los mismos. Por más que le demos vueltas al asunto, todos en algún momento lloramos por amor, morimos de celos, encontramos refugio en los buenos amigos y bálsamo en la risa.

Si, además, éstos son los que sostienen la piel de un objeto, cargándolo de significados y contenido, tanto mejor. Eso los transciende, les da vida. Si además esa pieza acompaña, protege, refugia y abriga en el sentido más literal y metafórico, cartón lleno.

Este es un poco el recorrido de *Manto*. Textiles con una enorme carga simbólica proveniente del mundo andino. Verdaderas joyas preciosas en técnicas, materiales, vibraciones, colorido, a partir del cual dos grandes creadoras urbanas –la dupla formada por Clara de La Torre y Diana Dai Chee Chaug– expresan lo suyo, que generalmente pasa por pasiones y pensamientos profundos.

Los cinco elementos

Cuando comenzaron allá por el 2001, primaba la raya, la línea. Era tan fuerte la impronta del lugar del que se habían enamorado y su gente, que lo adoptaron como puntapié de su trabajo en conjunto. Finca Potrero, en Salta, donde abundaban los rojos, amarillos, turquesas, fucsias y naranjas de los cerros. "Colores, vibración, vitalidad", detalla Diana. "Ritmos, escalas, secuencias", suma Clara. El tejido cobra movimiento, y se convierte en abrigo. "*Manto* se involucra con el medio donde el artesano reside y trabaja. Es el punto de partida para generar un emprendimiento que une de manera natural y mágica: el arte, el trabajo y las historias de vida respetando la sabiduría ancestral, hábitos y costumbres", señalan.

Así, cada prenda fue bautizada con nombres quechuas que, por otra parte, respondían a su formología. "Nos pareció una forma de respetar su cultura y dar a conocer significados de su forma de ver e interpretar el mundo." Nacieron los *Acllas* (vírgenes del sol, mujeres seleccionadas para ser reinas), tapados y sacos de cuello envolvente, pomposo; los *Anka* (águila real andina) y los *Waman* (gavilán), un saco con una gran cola.



Después con esta impronta, quisieron hacer pie en la ciudad y tomaron el caucho reciclado de cámaras de autos y bicicletas. Lo cortan, hacen un hilo y lo tejen como detalle de prendas pero también accesorios de lo más variado –bolsos, carteras–.

"Nos re-enganchamos con el material. Nos damos cuenta de que tiene una estética y una comunicación impresionante", cuenta Clara. Mucha agua pasó por el puente, esta vez en sentido literal según cuentan, así que decidieron sumergirse en ella: "En Clara juega mucho lo emocional como disparador para crear. Así nacen muchos de los temas que abordamos. Y estaba pasando por un momento de agua", comenta Diana. "Estaba pintando chorreado, aguadas. De casualidad, mi sobrino me dice si había visto la película *What the bleep do we know* y la secuencia del trabajo de Masaru Emoto y los cristales. Lo que él descubre que pasa con las emociones, los pensamientos y el agua. Cómo pueden alterar la estructura molecular del agua y nos hacen comprender la forma tan íntima en que están conectados los seres humanos y el universo. Viajo a la playa y una amiga me regala su libro *Mensajes del agua.* Sincronicidad. Nos sumergimos en un mundo líquido, donde experimentamos la fluidez del movimiento, el no-límite, la conexión con lo esencial y la influencia de las emociones sobre la existencia misma", agrega Clara. Así surgieron bellísimas piezas de azules, celestes y violáceos cielo, mar, hielo. Intervenidos con miles de recursos: batik, estampa y hasta cristales. "Empezamos con los teñidos irregulares de las tramas y las urdimbres. Porque además el agua también es un lujo, un tesoro", señalan. "Que pasa con lo líquido, lo chorreado, el fluido, por eso después salen los rojos, la luz. Después también vino la noche, el reflejo, el claro-oscuro." Y los viajes, esta vez mucho más al norte: París, Barcelona. Este año fue el turno de la feria *Workshop Tokio* en Japón, y el momento de explicar cierta rusticidad, cuerpo y firmeza que tienen sus piezas, donde de nuevo la vida se mete entre las hebras: "La urdimbre es lo que nos sostiene. Siempre pensamos por qué nos enganchamos tanto con lo andino. Y una de las razones es ésta. La trama juega pero si no tenés la urdimbre, esa estructura firme, esa tensión que se genera dependiendo de quien la teja, no tenés nada. En la vida no podés tramar nada si no tenés un sostén, más allá de que después juegues o ates de otra manera. La verticalidad de la raya le da la fuerza. Para nosotras *Manto* es otro cuerpo y otra alma que nos envuelve", rematan.

* Manto www.mantoabrigos.com.ar